

La Crónica del Colegio del Rosario

Hasta el año de 1938, tan lleno de grandes gritos hacia el pasado, tan cargado de recuerdos por representar la culminación de una de las más brillantes empresas realizadas por los españoles del quinientos, nadie había tenido arrostos suficientes para emprender la relación histórica de una de las manifestaciones más desconocidas aunque más apasionantes y seductoras de nuestra vida cultural: la educación pública. Pero en ese año de gracia para la capital, la energía, el entusiasmo y la espléndida cultura del actual rector del Colegio del Rosario Monseñor José Vicente Castro Silva, y la tenaz consagración y milagrosa capacidad de estudio de don Guillermo Hernández de Alba, hicieron a la historia colombiana el regalo magnífico de una de las obras más trascendentales para el acertado conocimiento de nuestra evolución cultural: la "Crónica del Muy Ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario".

Hernández de Alba es, sin duda alguna, uno de nuestros más afortunados historiadores; posee un olfato finísimo para el hallazgo de la noticia incógnita, del dato desconocido que arroja un torrente de luz sobre determinado hecho o época histórica. Sabe además, —catador sagaz y delicado—, separar la escoria que necesariamente acompaña todo documento, escrito en un momento en que no significaba otra cosa que una formalidad oficial, un acto intrascendente o inocuo, y presentar el meollo del asunto, vinculado a su propia historia, acentuando su precisa significación. En su "Teatro del Arte Colonial" que, con la obra de Pizano sobre Vásquez, es el mejor aporte a nuestra historia artística, da una visión clara y penetrante de la pintura colonial, haciendo vivir sus personajes dentro de su propio ambiente, descubriendo valores altísimos, hasta ahora ignorados, y vidas de apasionante interés, que al ser divulgadas en toda su plenitud

pondrán a Colombia a la cabeza de la cultura colonial americana. En "La Crónica del Colegio del Rosario" el empeño es más vasto y más intenso: se trata de la aventura de la cultura en América. Porque, ante todo, fue una aventura, una novela con sucesos sorprendentes y nimios, hombres heroicos e insignificantes, pues de todo necesitaba este continente hecho virgen por la mano destructora de los primeros conquistadores. Sobre las culturas aborígenes pasó el conquistador sembrando la desolación y la muerte; pero España, atenta siempre y vigilante, envió civilizadores que descubrieran lo más oculto: el alma del indio, la fuerza espiritual de los pueblos nuevos, y transplantaran a América su propia cultura y civilización. Los hombres que acometieron esa empresa gigantesca eran necesariamente frailes: ellos eran dueños del saber, y por algo el antiguo mester de clerecía hacía pensar en elevadas labores espirituales, al paso que su anverso, el de juglería, tan sólo evocaba aventuras vanas o inocentes y cándida ignorancia. El alma de esa gran empresa —el Colegio del Rosario— fue un fraile, un hijo de Burgos, Fray Cristóbal de Torres, maestro supremo de cultura, generoso espíritu de conductor, que llevará a la tierra del adelantado granadino por los luminosos caminos de la sabiduría. Con sin igual maestría evoca el cronista la infancia del fundador y traza su silueta en una prosa alta y noble que se acerca al clacisismo, no por el empleo de un léxico anticuado y empalagoso, sino por la severidad de la cláusula, elegante y sonora, cargada de emoción y de recuerdo. Y aparece entonces la figura del fundador en toda su espléndida plenitud: fue Fray Cristóbal uno de aquellos místicos españoles en quienes el infinito amor por lo divino, el vuelo perenne hacia más puros y altos horizontes, no impedía llevar a cabo las más duras labores, entregándose con todas sus fuerzas a una tarea, que, material en un principio, debía conducirlo a encumbradas mansiones y daría cosecha ubérrima de espirituales frutos. Fray Cristóbal de Torres lo mismo inauguraba en la Corte el rezo cotidiano del Rosario, que llevaba en Santa Fe minuciosas cuentas de los gastos del Colegio, escribía sus sermones y sus obras teológicas inspirado en las enseñanzas sublimes del Aquinate, y especificaba las diarias comidas y refrescos de los colegiales de su fundación: era una mezcla admirable y desconcertante de síndico y teólogo, de hacendista escrupuloso y de místico inspirado, de organizador formidable y de especulador profundo. Acción y pensamiento,

energía física y espiritual, sentido práctico y noble idealismo, se aunaban en este espíritu totalmente humano, con aquella humanidad que recomendaba Terencio, porque a él nada de lo humano podía serle ajeno.

Después de inauditos esfuerzos y desalentadores percances que Fray Cristóbal supo sortear con increíble habilidad, el escribano y notario del Rey, Nicolás Garzón Melgarejo, declara, en 18 de diciembre de 1653, inaugurado el claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuna de la cultura colombiana, templo de sabiduría y de virtud, del cual saldría la generación que siglos después cumpliría la jornada heroica de la Independencia y echaría las bases de nuestra inmaculada democracia. Comienza entonces la lucha por la cultura, más árdua y difícil que la sostenida enantes por los conquistadores españoles, y mucho más fecunda también, y de más trascendentales repercusiones. Dificultades y tropiezos sin cuento obstaculizan la labor de Fray Cristóbal, que encuentra oposiciones por parte de quienes más ardientemente debían ayudarlo y defenderlo. Pero el espíritu íntegro del fundador ante nada claudica; de toda caída se levanta, de todo obstáculo triunfa: hay en él una fuerza sobrehumana que lo conduce a la victoria. Al fin, grave enfermedad lo rinde; oigamos al cronista: "Con la serenidad del justo, con la certeza de que Dios lo eligió para sí, puede esperar impasible la muerte. Ha servido a su Señor y a su Rey con honradez e ingenuidad; invitó a los aborígenes, aún sin policía, al regalo eucarístico; viólos en danzas inocentes celebrar el misterio el día de la institución; hizo más valadera la obra de doctrinarlos, fomentando las escuelas de castellano. Buscó en los casos graves el consejo de sabios, mantuvo en alta mar la nave de la Iglesia defendiéndola siempre de contrarios vientos".

Con la muerte del fundador empieza la verdadera aventura de la cultura en Santafé de Bogotá. Graves figuras de la Iglesia y de las ciencias jurídicas llegan a la silla de Fray Cristóbal de Torres, y luchan tesoneramente por aclimatar en este suelo virgen la planta maravillosa de la sabiduría. Y aparecen entonces en la erudita crónica nombres altísimos, ignorados los más hasta el presente, y si no completamente desconocidos, desposeídos por lo menos de toda su cabal grandeza y de su enorme importancia. El dominicano Fray Tomás Navarro, el pamplonés ilustre don Cristóbal de Araque y Ponce de León, don Juan de Mosquera Nu-

guerol, el inclito Enrique de Caldas Barbosa, entre otros muchos que regentaron el Colegio Mayor y supieron hacer de él la primera cátedra de cultura de este Nuevo Reino. En medio de las diarias vicisitudes porque atraviesa el Colegio, relatadas con gran sentido de la actualidad, y de las admirables biografías de sus más notables hijos, supo el cronista, señor Hernández de Alba, trazar la vida de nuestra capital, dando noticias, desconocidas en gran parte, sobre todos sus aspectos. Allí encuentran el sociólogo y el economista, el artista y el jurisconsulto, el educador y el filósofo, fuentes inexhaustas de interesantísimos datos para la cabal comprensión de la vida colonial. Y es de admirar, cómo supo el autor, con singular habilidad, engastar dentro de su limpia prosa, la otra, ramplona y curialesca que en los documentos dejaban notarios y abogadiles.

Casi puede afirmarse que el Colegio del Rosario es la capital misma; por lo menos es su más acabado y completo símbolo: en sus aulas estudian los hijos de las más esclarecidas familias, se discuten y comentan todos los acontecimientos urbanos, en medio de las enfañosas polémicas teológicas y filosóficas que constituyen la principal ocupación de los colegiales. Los asuntos económicos del Colegio reflejan toda la vida cultural del Reino; problema principalísimo de rectores y síndicos es la hacienda del plantel, base y sustentáculo de toda empresa humana; la lección la había dado ya Fray Cristóbal en sus famosas constituciones, dedicando a ella los primeros capítulos, y dando, aparte de las más juiciosas reglas de economía, esta luminosa definición: "las haciendas no son más que lo que en ellas se hace, y por eso se llamaron haciendas".

El aficionado a los estudios de historia literaria es, quizás, uno de los más favorecidos, con la lectura de esta obra; el gongorismo, un gongorismo de carácter teológico campea en los escritos de muchos canonistas y maestros de artes de aquel tiempo. Es la exaltación retórica, plena de tropicalismo y de intelectualismo. ¡A qué graves y complicadas elucubraciones llevan los más triviales problemas! Para solucionar el más infantil de ellos, se apela a toda la ciencia sagrada, se consultan canonistas medioevales, serios maestros de interpretación bíblica y sagaces comentadores del Doctor Angélico. Refiriéndose a esta manía teológica, decía años más tarde el sabio Mutis, que algún astrónomo de esa laya terminaba sus peregrinaciones siderales, preguntándose si el bautismo hecho con las aguas transparentes del planeta Venus sería válido!

Emocionadamente describe el cronista uno de los más trascendentes acontecimientos de la vida del Rosario y de nuestra propia cultura científica: la revolución que a los estudios, trajo la clarísima inteligencia de don José Celestino Mutis. Inmenso valor era necesario para exponer frente a severos inquisidores, borrachos de escolástica, las **nuevas teorías** astronómicas que hacia algunos siglos había expuesto Nicolás Copérnico, en su célebre obra "De Revolutionibus Orbium Caelestium", y que estaban condenadas como proposiciones heréticas dignas tan sólo del fuego infernal. Con la más exquisita modestia y con sobra de prudencia y de tacto el sabio gaditano hizo la presentación de la teoría heliocéntrica, que, después de violentos ataques, fue aceptada para la discusión "pero sólo como hipótesis, pues como tesis era opuesta a la doctrina católica". Mutis encuentra un gran auxiliar en el fiscal Moreno y Escandón, de tan acentuado sentido realista, que redacta y expone su maravilloso plan de estudios, verdadera revolución pedagógica, como tal duramente combatida por espíritus retardatarios y pusilánimes.

En medio de severas páginas en que se exaltan las figuras más nobles del claustro rosarista, aparece una que otra dedicada a contar las travesuras de los estudiantes, que no contentos con practicar los "juegos no molestos" prescritos por el fundador en sus constituciones, dábanse a la juerga con perjuicio muchas veces del prestigio del Colegio, y con la natural reacción de rector, profesores y pasantes. Pero todo era necesario en esta bella ciudad estudiantil; despojarla de sus defectos sería deshumanizarla, privarla de su mejor encanto.

Al acercarse la hora de la emancipación, el Colegio del Rosario, crisol de altas ideas libertarias, se apronta a la lucha. Escuchemos las palabras del Cronista que al final recordará las muy emocionadas de Germán Arciniegas: "Aquí los criollos, los que en días no lejanos arrebatarán a España su colonia neogranadina; los próceres y mártires; los ideólogos y estadistas; los militares y los precursores; los creadores de la nacionalidad; los que, sorprendidos en lugares apartados, a la hora definitiva otra vez estarán juntos en congresos, asambleas, patibulos y campos de batalla. Ayalas Vergaras, Arboledas, Lozanos, Villavicencios, Ricaurtes Torrijos, Camachos, Niños y Vásquez, Pradillas y Sandinos, y los que vendrán mañana a proseguir la misma ruta de los inmortales. La primera página acaba de escribirse, los colegiales lo saben: son "Los Co-

muneros": "Los negros y los zambos, los mestizos y los indios, y hasta los criollos blancos de las villas se dan las manos. En el más-til dorado del día, la cabeza de José Antonio Galán parece una rosa de luz".

Continúa el Colegio Mayor su tarea admirable de formar los próceres de la patria; pasan por sus aulas nuestros mártires y guerreros; de labios de Mutis, el maestro incomparable, aprenderán a amar su propia tierra, se convertirán, como dice el cronista, a la fe inextinguible de América.

Termina el libro segundo de la Crónica, dejando un mundo abierto a la curiosidad del lector. La triste penumbra colonial, empieza a tornarse en espléndida luz, precursora de la aurora republicana, que alumbrará muchos otros fastos fecundos del muy ilustre Colegio Mayor.

GABRIEL GIRALDO JARAMILLO

NOMBRAMIENTO DE PROFESORES

Con acierto indiscutible el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ha elegido para sus Cátedras de Etica, Derecho Penal, Legislación del Trabajo, Psicología Experimental, Estadística e Historia Natural, respectivamente, a los doctores Carlos José Romero, José Antonio Montalvo, Antonio Escobar Camargo, Hernán Vergara Delgado, Francisco de Abrisqueta y Manuel Rosillo. Esta Revista registra complacida tan brillantes nombramientos y augura para el Colegio y sus alumnos éxitos verdaderos.

PESAME

En Duitama, bajo el ala de Dios en quien creyó y a quien sirvió fielmente, ha dormido el sueño eterno don Jesús Villarreal.

De su vida sólo conocemos grandes virtudes que hemos visto florecer en una corona de hijos, orgullo de su terruño y honra del Colegio Mayor.

Para ellos y los suyos, especialmente para Jaime, alumno del Rosario, y para José María, Colegial rosarista y Profesor de Derecho Romano en nuestras aulas, enviamos sentida condolencia.